

## MAS SOBRE LA NOVELA MODERNISTA: CLAUDIO OROÑOZ, DE RUBEN M. CAMPOS

Aunque la novela modernista ya había suscitado, años atrás, estudios fundamentales y ejemplares de investigadores como Amado Alonso, Enrique Anderson Imbert y Juan Loveluck<sup>1</sup>, nos parece discernir en la crítica más reciente un interés cada vez mayor por las manifestaciones novelísticas del modernismo. De hecho, han aparecido trabajos que intentan sintetizar sus características técnicas<sup>2</sup> y estilísticas<sup>3</sup> mientras otros se proponen evaluar su perduración en autores contemporáneos<sup>4</sup> o analizar al héroe modernista<sup>5</sup>. Por lo demás, obras individuales como *De sobremesa* y *Sangre patricia*<sup>6</sup>, entre otras, han sido nuevamente estudiadas; de igual manera las novelas poco conocidas de Rubén

---

<sup>1</sup> AMADO ALONSO: *El modernismo en la gloria de don Ramiro* (Buenos Aires, 1942). ENRIQUE ANDERSON IMBERT: «La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*», *Estudios sobre escritores de América* (Buenos Aires, 1954). JUAN LOVELUCK: «*De sobremesa*, novela desconocida del modernismo», *Revista Iberoamericana*, XXXI (núm. 59, enero-junio de 1965), págs. 17-32.

<sup>2</sup> GERMÁN GULLÓN: «Técnicas narrativas en la novela realista y en la modernista», *Cuadernos Hispanoamericanos* (núm. 28, abril de 1974), págs. 173-187.

<sup>3</sup> D. L. SHAW: «A Propos of Modernista Prose Style in Fiction», *Ibero-romania*, 4 (1969), págs. 328-339.

<sup>4</sup> IVAN A. SCHULMAN: «Pervivencias del modernismo en la novela contemporánea: exposición de una teoría epocal» en DONALD W. BLEZNICK: *Variaciones interpretativas en torno a la nueva novela hispanoamericana* (Santiago, 1972) págs. 19-36.

<sup>5</sup> ALLEN W. PHILLIPS: «El arte y el artista en algunas novelas modernistas», *Temas del modernismo hispánico y otros estudios* (Madrid, 1974), págs. 261-293. También cabe señalar la tesis inédita de RUFINO REINALDO SÁNCHEZ: «Rasgos del héroe en la novela modernista» (Washington University, 1973).

<sup>6</sup> GEORGE O. SCHANZER: «Lo 'mod' del modernismo: *De sobremesa*», en *La literatura iberoamericana del siglo XIX* (Tucson, Arizona, 1974), págs. 43-50. HOWARD M. FRASER: «El universo psicodélico de *Sangre patricia*», *Hispanófila* (núm. 50, enero de 1974), págs. 9-18.

Darío, Efrén Rebolledo y Enrique Gómez Carrillo han dado luz a unos ensayos imprescindibles<sup>7</sup>. En este trabajo nos proponemos examinar otra novela muy poco leída del modernismo, *Claudio Oronoz*<sup>8</sup>, del mexicano Rubén M. Campos.

Antes de acercarnos a la novela misma nos parece indispensable ofrecer unas precisiones sobre su autor, quien ha sido algo olvidado aun en su propio país, a pesar de haber dejado una producción literaria abundante y valiosa como poeta, cronista, cuentista y novelista. Campos, nacido en 1871, pertenece con pleno derecho a la bohemia modernista y al grupo de la prestigiosa *Revista Moderna*, que, como se recordará, se convierte en el máximo órgano del modernismo en México. Su poesía, dispersa en la *Revista Moderna* y en numerosas otras publicaciones de la época, es de filiación netamente modernista tanto por sus temas como por su estilo. En ella se refleja el gusto marcado de Campos por lo helénico, que se transparenta en sus visiones bucólicas, paganas y panteístas. Aunque su mundo poético se ve a menudo poblado de ninfas, centauros y sátiros, hay que señalar que en otras ocasiones se nota un fuerte mexicanismo y en particular una gran admiración por lo prehispánico. Campos comparte con sus compañeros de generación el mismo ideal parnasiano de la perfección formal e incorpora en sus poemas el exotismo, el impresionismo y una aguda sensualidad. En suma, su poesía, rigurosa e inspirada, sigue fiel a las doctrinas estéticas de aquel entonces. Es útil tener en cuenta que el crítico Francisco González Guerrero ha opinado atinadamente que ese escritor «fue uno de los luchadores más tenaces, uno de los elementos más activos y uno de los creyentes más sinceros del movimiento modernista mexicano»<sup>9</sup>.

Mucho más extensa, no obstante, es su obra en prosa literaria<sup>10</sup> aunque sólo logró publicar en forma de libro un tomo de crónicas de viaje

<sup>7</sup> ALLEN W. PHILLIPS: «Nueva luz sobre *Emelina*» y «*El oro de Mallorca*: Breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío», *Temas del modernismo hispánico y otros estudios* (Madrid, 1974), págs. 13-61. Del mismo autor. «La prosa artística de Efrén Rebolledo», *Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna*. (México, 1974), págs. 39-74. KLAUS MEYER-MINNEMANN: «Enrique Gómez Carrillo, *Del amor, del dolor y del vicio*. Anotaciones en torno a una novela del modernismo hispanoamericano», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXII (núm. 1, 1973), págs. 61-77.

<sup>8</sup> *Claudio Oronoz*. México, J. Ballezá y Cía., 1906.

<sup>9</sup> «Autores y libros: Rubén M. Campos», *El Universal*, 16 de julio de 1945, página 3.

<sup>10</sup> Campos se destacó también como folclorista y musicólogo con la publicación de obras como *El folklore y la música mexicana* (1928), *El folklore literario de México* (1929), *El folklore musical de las ciudades* (1936) y *La producción literaria de los aztecas* (1936).

titulado *Las alas nómades* (1922) y dos novelas: *Claudio Oronoz* (1906) y *Aztlán, tierra de las garzas* (1935). Para conocer toda su fecunda producción cronística y cuentística no hay otro remedio que consultar las colecciones de periódicos y revistas donde colaboró asiduamente Campos. Con respecto a sus cuentos cabe tan sólo apuntar de paso que siguen dos tendencias: una de índole realista-regional y luego otra más bien inspirada en el naturalismo y el decadentismo francés. Sus cuentos suelen caracterizarse por un estilo adornado, plástico, de corte barroco. Baste decir que un análisis sistemático del cuento modernista en México tiene que incluir los de Campos junto con los de Ciro B. Ceballos, José Juan Tablada, Alberto Leduc y Bernardo Couto Castillo.

Ahora pasaremos a comentar la primera novela de Campos, *Claudio Oronoz*, publicada en 1906, el mismo año que *Redención* del argentino Angel de Estrada. No es dato perdido tampoco tener presente que la obra mexicana sigue de cerca, en términos cronológicos, la aparición de tales novelas del modernismo como *El enemigo* (1900), de Efrén Rebolledo; *Idolos rotos* (1901), de Manuel Díaz Rodríguez; *Resurrección* (1902), de José María Rivas Groot, y *Dyonisos* (1904), de Pedro César Dominici.

*Claudio Oronoz*, hoy día una rareza bibliográfica, es una novela desconocida. Sólo a raíz de su publicación aparecieron en la *Revista Moderna* y en *Savia Moderna* unos artículos firmados por José Juan Tablada, Pedro Henríquez Ureña y Jesús Villalpando<sup>11</sup>. Los tres expresaron su admiración por el estilo elegante y el espíritu vital de la obra sin dejar de señalar al mismo tiempo fallas, en particular cierta prolijidad y desigualdad en la narración. Después de estos primeros juicios más bien positivos surge un silencio casi total acerca de la novela que hasta la fecha ni aparece registrada en la mayoría de los estudios dedicados a la novela hispanoamericana<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> JOSÉ JUAN TABLADA: «*Claudio Oronoz*. Novela por Rubén M. Campos». *Revista Moderna de México*, febrero de 1906, págs. 376-377. [Reproducido en *La Gaceta*, 1.º de abril de 1906, pág. 7.] PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: «Notas sobre 'Claudio Oronoz'», *Revista Moderna de México*, junio de 1906, págs. 239-240. [Reproducido de la *Revista Crítica* de Veracruz.] JESÚS VILLALPANDO: «Bibliografía. 'Claudio Oronoz', novela por Rubén M. Campos. México, 1906», *Savia moderna*, julio de 1906, págs. 309-312.

<sup>12</sup> Sólo JOHN S. BRUSHWOOD en su *Mexico in Its Novel* (Austin, 1966) dedica unas líneas a *Claudio Oronoz*, págs. 148-149. También es interesante notar que KLAUS MEYER-MINNEMANN, en el artículo ya mencionado, alude a *Claudio Oronoz* sugiriendo la necesidad de «un estudio más profundo» (pág. 68). Por lo demás, sería injusto no mencionar dos tesis inéditas que contienen algunos comentarios sobre la obra que nos concierne: DOROTHY BRATSAS: *Prose of the*

A pesar de ser *Claudio Oronoz* una obra algo extensa (351 páginas), su trama es sumamente sencilla. Se reduce, en efecto, a relatar, por medio del narrador y personaje José Arbeau, el último año de la vida del joven tísico Claudio Oronoz. Empieza la narración con la llegada a la capital mexicana del provinciano José Arbeau, lleno de entusiasmo y esperanza por haber realizado su ensueño. A través de los ojos de este joven soñador vemos la «gran ciudad encantada» con sus anchas avenidas, sus estatuas y, sobre todo, su lujo. En el cuarto capítulo, debido a un encuentro fortuito entre José y su «amigo de infancia» Luis Huidobro, aquél llega a conocer al elegante y enfermizo Claudio Oronoz. Inmediatamente el narrador se siente atraído por ese señorito triste, hastiado y ya vencido por la vida. Como se ha de esperar, no tardan los dos en entablar una sincera y fuerte amistad.

Es interesante advertir que José Arbeau, igual que tantos otros jóvenes latinoamericanos de la época con anhelos artísticos, pronto se sintió desilusionado al no encontrar en su país el Barrio Latino del París de los libros con su legendaria vida bohemia y artística. Aunque la realidad fría y dura choca al principio con sus ideales, José se une a un grupo de jóvenes estudiantes alegres y despreocupados.

Poco a poco el narrador revela datos sobre el pasado triste y amargo de Claudio, quien a los veintiún años se libera de su cautiverio para dedicarse a la sensualidad con Nacha y luego con la escandinava Wilhelmine, mujer insaciable e irresistible, que simboliza la voluptuosidad y el placer más decadente. Después de este breve idilio tempestuoso, aparece Clara Rionda, viuda de veintiocho años, rica, apasionada y altanera. Cede Claudio a sus encantos y se entrega a una pasión explosiva y agotadora. Sólo una hemoptisis viene a interrumpir repentinamente estas relaciones. Durante su convalecencia se enamora de Magdalena Urías, amiga de su hermana Carmen y señorita irreprochable, quien lo cuida con gran devoción y amor. Siguen unos episodios de carácter bucólico-idealista, paseos y visitas de los dos amigos con Magdalena y Carmen. También se intercalan capítulos sobre la vida estudiantil, que afectan, desde luego, el desarrollo de la trama. A partir del capítulo XLII crece el ritmo de la novela con la renovación de las relaciones entre Clara y Claudio, ya que éste rechaza, por su enfermedad, el amor ideal y puro que representa Magdalena. Así, de nuevo el protagonista se da totalmente a una vida desenfundada y vertiginosa sin pensar en las inevitables consecuencias que afectarán su ya delicado

estado físico. Junto a Clara, el «artista malogrado» encuentra una fuerza inesperada para participar en un sinfín de actividades que incluyen pases, representaciones teatrales, cenas, «fiestas y orgías». De repente Claudio se ve feliz y dinámico en su nueva entrega a los sentidos, la cual, sin embargo, no le produce ni angustia ni hastío como en otros héroes. José Arbeu tampoco puede resistir el erotismo de la bella e inquietante Ana Belmar, mujer de pasado tumultuoso y mejor amiga de Clara, y así las dos parejas se refugian en casa de Clara para amarse libremente antes de escaparse a Chapala para gozar de un idilio que precipitará abruptamente la muerte del protagonista. Dado el estado crítico y delirante de Claudio, vuelven todos a México. En su casa el joven amante de la vida, verdadero hedonista, expira después de confesar que de esta relación amorosa nacerá un hijo cuyo destino será inevitablemente infeliz.

Por lo ya dicho, vemos que en *Claudio Oronoz* aparecen algunos rasgos característicos de la novela modernista. En primer lugar, nos encontramos con el héroe predilecto del género: el artista, o por lo menos un personaje sensitivo a las expresiones estéticas. Claudio Oronoz, joven culto y refinado, cultiva la prosa poética, aprecia la música y se rodea de amigos con las mismas inclinaciones. Forman un grupo bohemio privilegiado, totalmente apartado de la realidad social de su país. Al parecer no trabajan (ya que todos pertenecen a familias adineradas) y sus únicas preocupaciones consisten en pasear por la ciudad, frecuentar los cafés y restaurantes de moda y tener aventuras eróticas con mujeres emancipadas y cosmopolitas. Toman té chino, escuchan poesía y música, y discuten ideas que jamás se concretizan. Como otros personajes modernistas Claudio Oronoz, insatisfecho y hastiado en su juventud, se rebela contra la sociedad materialista y hostil que trata de suprimir toda vocación artística. En una ocasión Claudio critica severamente la educación asfixiante que recibió y la falta de libertad y amor en su casa. Víctima de una infancia desgraciada y reprimida no puede menos de lanzarse, de manera rebelde y desesperada, a la vida bohemia y a la sensualidad desenfrenada.

También es evidente que Claudio Oronoz tiene bastante en común con el nutrido grupo de «raros» de la ficción modernista. Las primeras impresiones de José Arbeu y las acciones del mismo Claudio revelan que es un ser desequilibrado, neurasténico y ávido de sensaciones nuevas aunque moderadas desde la perspectiva del decadentismo. En efecto, él y sus compañeros prefieren evitar el «placer malsano» a favor de la «ebriedad de Dionisio adolescente» (pág. 123). En términos generales se puede aseverar que los jóvenes de la novela, se-

dientos de arte y belleza, abogan más bien por «la antigua alegría donisiaca» (pág. 219). Suelen compartir una actitud sana y vital frente al placer. Aunque no faltan evidentes concesiones al decadentismo finisecular, sobre todo en la descripción de algunas reuniones nocturnas en casa de Clara Rionda, a las cuales acuden los «alegres jóvenes de la garzonía dorada del México afortunado» (pág. 76) y mujeres exóticas, de dudosa moralidad y eminentemente sensuales, se destaca un sentimiento nostálgico por «la hermosa edad pagana (página 129). A nuestro juicio, lo que domina en el libro es un exuberante entusiasmo por la vida, a pesar de la tragedia del protagonista. El mismo, hasta el último momento, ensalza con convicción el goce de vivir libre y plenamente. Dice, ya moribundo y sin fe en un más allá, que «el único supremo don por excelencia es la vida» (pág. 321).

No deja de llamar la atención que parte de la novela evoca el esplendoroso mundo pagano-panteísta de la mitología griega, es decir, un mundo idealizado, de belleza incomparable que contrasta netamente con la sociedad del porfiriato evidentemente en plena decadencia moral y física que no piensa en los demás ni cree en valores espirituales. Aun así, quisiéramos insistir en que los personajes de Campos no exploran, como en ciertas obras publicadas por sus contemporáneos, los caminos de la perversidad y de la depravación extrema. Sólo en una ocasión Claudio se refiere directamente a Barbey D'Aurevilly en su discusión del amor como sufrimiento y angustia.

Cabe hacer resaltar también que, pese a la insistencia en la decadencia orgánica de Claudio, que se refleja en una acumulación de detalles fisiológicos, se advierte por parte de Campos un esfuerzo por no caer en los excesos morbosos tan frecuentes en otros modernistas. Aunque el espectro de la muerte se filtra en casi todas las páginas del libro, no contamina el fervoroso y omnipresente himno a la vida, al amor y a la belleza. No deja de ser curioso que *Claudio Oronoz*, con todos sus ecos de la literatura finisecular, no participa del profundo pesimismo típico de la época. Al contrario, reiteramos que frente a las desgracias de este mundo se proyecta la idea de que el hombre puede seguir viviendo si busca consuelo y refugio en la naturaleza y en la exaltación de los sentidos.

Modernista también es el gusto por el exotismo. Aunque el argumento de *Claudio Oronoz* no transcurre en escenarios lejanos y exóticos, a diferencia de tantas novelas del período, no están ausentes ciertas notas características. Así, se hallan las acostumbradas referencias al Oriente y al japonismo. Como ilustración de esta tendencia nos permitimos transcribir una breve descripción del ambiente artifi-

cioso y refinado de algunas escenas de la novela: «Claudio Oronoz, en la penumbra de un ángulo, hundido en una poltrona, sonreía silenciosamente escuchando al artista exaltado. Fumaba cigarrillos de Oriente, que depositaba apenas encendidos en un cenicero japonés en forma de nido con dos polluelos al borde, y humedecía su boca en una pequeña taza china exornada de crisantemos azules» (págs. 116-117). La fascinación por lo lejano también se une a la sensualidad, como hemos visto, por ejemplo, en la presencia de mujeres de otras latitudes (Japón, Escandinavia). Además, el estilo de Campos suele estar cargado de todo el lujo exotista y suntuoso que asociamos con el modernismo de escuela. Igual que en otras novelas artísticas de la época, abundan las alusiones culturales y librescas, en particular las que delatan los conocimientos musicales de Campos.

De acuerdo con el carácter altamente poético de la novela modernista, *Claudio Oronoz* suele obedecer a una visión principalmente lírica que se expresa en un lenguaje elaborado, plástico y opulento. Característico del estilo de Campos es el rico cromatismo de sus descripciones de la naturaleza. Apoyándose en un vocabulario selecto y en imágenes fuertemente sensoriales, el novelista, o mejor dicho, el poeta, pinta los innumerables cuadros llenos de luz y color que coloca a lo largo de su obra. En estas escenas se puede apreciar el reconocido talento de Campos como paisajista, valiéndose de procedimientos propios de la poesía. En sus mejores momentos el escritor logra páginas que corresponden a su concepto aristocrático del arte; desgraciadamente no le es fácil sostener en una obra de tal extensión este mismo impulso estilístico.

Salvo unas alusiones aisladas a los problemas socio-económicos producidos por el alcohol en los sectores más humildes de la sociedad, hay que reconocer que la visión de Campos es claramente idealista. En este sentido, *Claudio Oronoz* se afilia nuevamente con la novela modernista. Es decir, el escritor mexicano, aunque a veces inseguro de sí mismo, se aparta del realismo y opta por una actitud predominantemente idealizante y embellecedora. Se puede afirmar, junto con Germán Gullón cuando se refiere al novelista modernista<sup>13</sup>, que Campos «desrealiza» la realidad. Evidentemente son las sensaciones que determinan su visión del mundo y de ahí proviene un estilo de factura impresionista.

No cabe duda de que *Claudio Oronoz*, como novela, adolece de varios defectos, algunos ya apuntados por sus primeros comentaristas. Sobre todo se nota una falta de unidad y concisión que hace la lec-

---

<sup>13</sup> GERMÁN GULLÓN, *art. cit.*, pág. 174.

tura a veces lenta y monótona. El escritor, más interesado en expresar sus propios sentimientos en páginas de prosa elaborada o en incurrir en digresiones, tiende a desatender la marcha de la narración. Por lo demás, no maneja con suficiente destreza los necesarios procedimientos novelísticos. Como otros poetas de su generación Rubén M. Campos no alcanzó lo mejor de su obra en el género de la novela. Sin embargo, *Claudio Oronoz* interesa como documento en parte autobiográfico del ambiente bohemio y algo decadente del México prerrevolucionario. Igual que José Arbeau, sabemos que Campos abandonó su provincia natal de Guanajuato para conquistar artísticamente la capital y así conoció la vida estudiantil y libre que describe en las páginas de su novela.

Como la novela modernista tuvo muy pocos seguidores en México, *Claudio Oronoz* adquiere ya cierto valor histórico, igual que las obras de Rebolledo. Por lo demás, comprueba el carácter fundamental de la ficción modernista, a saber: la propensión al lirismo y a la visión subjetiva de la realidad, el gusto por el exotismo y la sensualidad, el análisis de tipos raros, el ambiente artístico y elitista, y las huellas del decadentismo.

En resumidas cuentas, el escritor mexicano permanece fiel a las modalidades que caracterizan la novela en la época del modernismo, aunque hay que subrayar que le imprime un sello personal por su actitud moderada y optimista que se opone al espíritu negativo y, a menudo morboso, tan frecuente en las obras escritas en América durante este periodo.

SERGE I. ZAITZEFF  
Universidad de Calgary  
(Canadá)